

Gerardo Meil Landwerlin
Padres e hijos en la España actual

Barcelona, La Caixa, Colección Estudios Sociales nº 19, 2006

La familia española al igual que otras esferas de la realidad social, como el mercado de trabajo, la escuela, o la propia administración pública, experimentan a comienzos del siglo XXI importantes transformaciones que afectan a la vida cotidiana. La aceleración de los ritmos de cambio, junto con los procesos de «modernización reflexiva» o «líquida» (Giddens, 1995 y Bauman, 2000) característicos de las sociedades avanzadas, están impulsando la denominada «segunda modernización», transformando la organización y el funcionamiento de las sociedades actuales. La implementación de estas tendencias desde los años sesenta constituye una auténtica «revolución silenciosa» que afecta tanto a elementos estructurales como a pautas culturales. Uno de los aspectos más interesantes derivados de este proceso es el incremento de las cotas de autonomía e individualización en todos los ámbitos de la vida, incluido en el familiar (Beck, 1998). En este contexto, el estudio de la familia adquiere un significativo interés, al representar un inmejorable laboratorio donde los sociólogos podemos observar y predecir las dinámicas de cambio en la actualidad.

La obra elaborada por el profesor Gerardo Meil para la Fundación La Caixa representa un buen ejemplo de este objeto de análisis y de su dinámica actual. El estudio de las transformaciones en los roles familiares de padres e hijos, esconde tras de sí las características de la nueva sociedad que hoy emerge, con mayores cotas de libertad, democracia y autonomía, pero también de nuevos riesgos sociales (por ejemplo la desfamiliarización (Castel, 1995)). Muchas de estas tendencias sociales se trasladan paulatinamente desde el mundo de las ideas al de las experiencias y desde el ámbito de lo macro a la esfera de lo micro. La familia española, como bien ha reflejado el autor en otro lugar, experimenta en las últimas décadas un proceso de *postmodernización* que afecta a la forma que tienen sus miembros de entrar, permanecer y salir de la vida familiar. Los modelos familiares aparentemente inmóviles del pasado se dinamizan, y los nuevos valores de autonomía y democracia priman en la búsqueda individual de la felicidad.

Uno de los cambios más significativos que se experimenta se refiere a la dinámica interna de la familia, es decir, a las relaciones entre la pareja, los hijos y las generaciones. Según subraya el autor, este cambio está dando lugar a la aparición de un nuevo modelo de familia «negociadora» propio de las sociedades postmodernas de hoy en día, con un mayor grado de individualismo pero al mismo tiempo de búsqueda de consenso, comunicación y respeto entre todos sus miembros. La *familia negociadora* se caracteriza por unas relaciones intergeneracionales menos jerarquizadas, con unas normas de convivencia menos rígidas, y donde prevalecen los principios democráticos e igualitarios independientemente de la edad y el género. Desde el punto de vista de los hijos existe una mayor búsqueda de autonomía a edades cada vez más tempranas, y desde el punto de vista de los padres se le da una mayor centralidad al «llevarse bien con sus hijos», primando sobre todo la dimensión afectiva. En este sentido, el respeto hacia los progenitores con el que se educaron nuestros abuelos de antaño, se sustituye en la actualidad por la confianza que intentan transmitir hacia sus hijos las nuevas generaciones.

Para comprender las características «negociadoras» de las familias actuales, el autor utiliza diversas fuentes estadísticas, tanto de carácter primario, con la elaboración de una encuesta propia (Relaciones padres e hijos, 2005), como secundario (INE, CIS, Eurostat, INJUVE, etc). En su tratamiento se combinan aspectos descriptivos, analíticos y valorativos encaminados a realizar una radiografía de la familia española y profundizar en sus rasgos internos más relevantes.

Desde el punto de vista estructural la «nueva familia española» es cada vez más reducida y plural, con una mayor variedad de formas de convivencia y de roles familiares entre sus miembros. Se consolida el modelo de familia nuclear «reducido», donde prevalece la inversión familiar en la calidad de vida y en la mejora de su propio bienestar más que en el aumento del número de niños. Los hijos suelen permanecer mucho tiempo en casa de sus progenitores y cuando se independizan suele ser habitual que una generación viva cerca de la otra, manteniendo el principio de «intimidad a distancia». La densidad de contactos entre los miembros de la red familiar es muy elevada en casi todas las fases del ciclo familiar, contribuyendo a la prestación de ayudas intergeneracionales, tan características y valoradas en nuestro país. Por otro lado, se asiste también al aumento de otras formas de convivencia como: «singles», parejas de hecho, familias reconstituidas, etc., y sobre todo de familias monoparentales de uno y dos hijos; aunque en general, y siguiendo la línea de nuestros vecinos mediterráneos, este incremento de la pluralidad es menor en comparación con la media europea.

Desde el punto de vista interno es muy interesante observar las repercusiones en los roles familiares derivados de la mayor participación de la mujer en el mercado de trabajo, sobre todo en las grandes ciudades, donde su papel es cada vez más destacado, e induce con mayor frecuencia a «negociar» estrategias de compatibilización entre la vida laboral y familiar. No es casualidad que las políticas de conciliación estén cada vez más «de moda» por parte de las empresas y las admi-

nistraciones públicas, como tampoco lo son las demandas por parte de las mujeres de mayor implicación masculina en las tareas domésticas; según Meil sólo un tercio de las familias en las que ambos miembros trabajan son igualitarias en este sentido. Donde sí existe un mayor equilibrio es en la educación de los hijos, que constituye una de las tareas a la que más se están incorporando los nuevos padres, su explicación se debe no sólo a que el cuidado de los hijos haya pasado a formar parte de la definición social del «buen padre», sino sobre todo, porque se percibe como una fuente de identidad, gratificación y realización personal.

Esta nueva concepción emergente de la paternidad es clave para interpretar el nuevo rol negociador de la familia. Los hijos han pasado a convertirse en un símbolo de felicidad de la pareja que ambos quieren disfrutar. Su voz es más oída, y sus opiniones tenidas en cuenta. Los estilos educativos autoritarios pierden importancia en favor del respeto de su mayor autonomía y de la búsqueda del consenso. Este cambio, como afirma el autor, no implica necesariamente una pérdida de control y orientación por parte de los padres en el proceso educativo y formativo de sus hijos, sino que refleja los nuevos valores sociales de libertad y democracia trasladados al interior de la familia; por tanto, lo que pone de manifiesto es la necesidad de una mayor habilidad negociadora de los progenitores.

Pero ¿cómo se están implantando estas tendencias en el seno de la familia española? El autor realiza un significativo esfuerzo por introducirse y bucear en el interior de las familias y en sus relaciones, desvelando aspectos tradicionalmente ocultos y descubriendo nuevas tendencias en la dirección de los cambios. Uno de los primeros aspectos que se analizan hacen referencia a la organización de la convivencia familiar, la cual viene determinada por la participación de los padres en el mercado de trabajo y la articulación del tiempo que se pasa en común; en este sentido, el autor coincide con diferentes investigaciones en señalar la estructura irracional de los horarios en nuestro país, caracterizado por muchos tiempos muertos en la jornada laboral y poco tiempo libre para dedicarlo a la vida privada. Este es un aspecto negativo general que afecta a la calidad de vida dentro y fuera de la familia y especialmente a la conciliación de la vida familiar y el trabajo. A pesar de ello, y de sus distintas repercusiones negativas, Meil subraya que no existe una relación estrecha entre el menor rendimiento de los hijos y la hora de llegada a casa de los padres, refutando de esta manera lo que cabría esperar.

Durante el tiempo que los padres pasan con sus hijos les transmiten valores y hábitos muy importantes para su formación de cara a la vida adulta. En su labor educativa, uno de los elementos más conflictivos suele ser la participación de los hijos en las tareas domésticas. Este trabajo desvela que a pesar de que existe una mayor colaboración de los varones en dichas tareas, las familias siguen educando de forma diferenciada a los hijos varones que a las hijas, al exigirles distinto grado de colaboración a unos y otros. Sin embargo, el aprendizaje por imitación es muy importante y hace prever un cambio en los próximos años. De hecho, el análisis muestra que el trabajo remunerado de la madre no es el factor que más influye en la colaboración de los hijos, más importante para ello son los términos

del propio reparto doméstico entre los padres, pues cuanto más participa el padre en las tareas mayor es la probabilidad de que lo hagan sus hijos, con independencia de su género y edad.

Entre los mayores retos a los que se enfrentan los padres y donde se ponen de manifiesto sus habilidades negociadoras, es a la hora de afrontar las demandas de mayor autonomía de sus hijos, un fenómeno acorde con el proceso de individualización de las sociedades actuales y que cada vez se adelanta más generacionalmente. Existen diversos «ritos de paso» que es necesario gestionar adecuadamente para mantener el control familiar; por ejemplo, la hora de irse a dormir en los más pequeños, o la de vuelta a casa en los más mayores, la presión de los hijos en este sentido suele ser una estrategia clara para ganar autonomía e independencia. Según el autor, cuanto más presionan los hijos, más cuestionan el orden doméstico y cuanto más insistentes se muestran, antes consiguen la autonomía en este ámbito. No todos los padres están dotados de las mismas destrezas negociadoras, de ahí la pérdida de control sobre sus hijos en algunos casos.

El desempeño del rol de padres nunca ha sido fácil y en la actualidad requiere de una mayor dedicación e implicación. Los valores que se intentan transmitir acentúan los buenos modales, la responsabilidad, el respeto a los demás, y el éxito social a través del esfuerzo individual y el trabajo. El varón cada vez se implica más en esta función educativa, no sólo desde el punto de vista informal sino también en el formal, es decir en el apoyo en la educación reglada. En la mayoría de los casos son ambos cónyuges quienes ejercen la función de ayuda y supervisión del estudio y no sólo la mujer. A pesar de esta mayor participación, los resultados de la encuesta elaborada para este trabajo desvelan que este sigue siendo un reto para la *familia negociadora*, al no ser mucho más eficaz que la familia autoritaria a la hora de vigilar e incentivar al estudio.

La *familia negociadora* también valora especialmente el rendimiento escolar de los hijos, pero en su articulación prevalece la discusión y la negociación a partir de los resultados académicos. La pauta habitual señalada en este sentido diferencia entre aquellas familias que utilizan los castigos en caso de suspensos y que tienden también a proporcionar algún tipo de regalo ante los buenos resultados, y aquellas otras donde prevalecen las estrategias negociadas que tienden a utilizar sólo la felicitación. Esta forma de reaccionar ante los resultados académicos se relaciona con los estilos educativos de los padres. El profesor Meil diferencia tres tipos: los *padres autoritarios*, que no han desaparecido en la actualidad, piensan que sus hijos están demasiado consentidos y acentúan la necesidad de la obediencia y la disciplina, aunque tienden a presentarse como poco o nada estrictos; por otro lado, los *padres dialogantes*, que tratan de razonar con sus hijos buscando consensos, aunque dan mucha importancia a la disciplina como factor clave para conseguir éxitos. En una tercera categoría se agruparían los *padres desbordados*, que serían aquellos que no tienen mucha confianza en su rol de padres, sintiéndose impotentes ante la importancia que han adquirido otros agentes socializadores.

Estos modelos de paternidad conviven entre las familias españolas actuales, donde en general los padres perciben una mayor pérdida de autoridad y tienden a acentuar más la actitud dialogante en el seno de la familia. En comparación con su pasado reciente, los padres de hoy afirman sentirse más capacitados para desempeñar la educación de sus hijos que lo estuvieron sus progenitores respecto a ellos. En este sentido, el autor vuelve a desvelar un aspecto importante, pues al contrario de lo que se podría pensar, entre las familias donde ambos padres trabajan hay una menor proporción de padres desbordados que donde sólo trabaja uno de ellos, siendo esta una conclusión tranquilizadora con vistas al futuro, aunque como el propio autor subraya son necesarias más investigaciones, sobre todo las centradas en la transformación del rol de paternidad.

Un último aspecto interesante se refiere a la conflictividad intergeneracional, que según subraya el autor, tiende a «desestacionalizarse» en un momento concreto del ciclo familiar para diluirse a lo largo del proceso de socialización de las nuevas generaciones. En este ámbito destaca la escasa conflictividad señalada respecto al salir con los amigos o en torno al dinero, e incluso al número de suspensos que, curiosamente, suele aumentar con la edad al mismo tiempo que disminuye el conflicto intergeneracional. Las principales desavenencias se refieren a los modales, la forma de comportarse y sobre todo a las cuestiones derivadas del reparto del trabajo doméstico, lo cual constituye un factor cada vez más repetido. Por encima de todas ellas, y del sacrificio que supone la educación de los hijos, tanto padres como madres se muestran satisfechos de sus roles como padres, no se arrepienten de haber tenido a sus hijos y consideran que su esfuerzo es compensado por la satisfacción de vivir con ellos.

En definitiva, las nuevas familias postmodernas incrementan el valor simbólico de los hijos. Los efectos de la individualización no se traducen en un desmembramiento del tejido familiar, sino más bien en una reformulación de sus relaciones. La socialización en la familia sigue siendo un factor clave en la formación de la persona, pero en las nuevas relaciones entre padres-hijos, como en buena medida entre la pareja, se requiere una mayor implicación entre sus miembros y una significativa capacidad de negociación. Ya no basta con mandar y obedecer, sino que en una sociedad con roles más autónomos y equilibrados hay principalmente que convencer. El profesor Meil ha buceado satisfactoriamente en el baúl de estas relaciones, pero aún faltan trabajos que den mayor luz a esta configuración de la realidad. Su importancia es crucial, pues pocas organizaciones sociales nos son tan cercanas y están cambiando tan rápido como la familia.

LUIS AYUSO SÁNCHEZ
Universidad Autónoma de Madrid
luis.ayuso@uam.es